

en el rey y en su entorno nobiliario fue que se la cortó de raíz y no volvió a surgir hasta que Watteau la resucitó en los últimos seis años de su breve vida, posteriores a la muerte de Luis XIV. Nada vuelve a ser, no obstante, de la misma manera que antes ha sido. Watteau no sólo superó a todos sus predecesores y sucesores, sino que le insufló a esa ambigua pintura un refinamiento peculiar que no tiene equivalente en ningún otro maestro del género. Uno de sus grandes méritos consistió en renovar una tradición drásticamente interrumpida y en haberlo hecho con un «buen gusto» muy siglo XVIII y con mayor sensibilidad que la entonces habitual. No cayó en excesos libertinos del tipo de los de Touze, Mallet, Huet, etcétera, e incluso Schall, aunque este último tan sólo actuase así en algunas obras realizadas de manera especial para un tipo de clientela que no era el habitual en la pintura galante. No podemos olvidar, por otra parte, que también el delicioso Fragonard llegó a tocar con relativa frecuencia algunos de los temas escabrosos, pero siempre con un tacto y una levedad que le quitaba hierro al asunto. A decir verdad, ni el propio Watteau logró evitar ese peligro recién llegado a París, pero su «caída» no fue grande y duró poquísimos tiempo. Se rebeló además Watteau contra el fácil recurso de la repetición de tipos, en el que cayeron algunos otros de sus más valiosos herederos. Lo que hizo fue, por tanto, mucho más importante que inventar un género. Llevó a su máxima altura una tendencia de la sensibilidad que era casi exclusiva de la pintura francesa y marcó con su sello las tres cuartas partes del siglo XVIII comprendidas entre 1715 y 1789.

2. El hombre

Valenciennes, en las proximidades de Lille, se halla en el cogollo de las zonas flamencas del norte de Francia. A pesar de ello, el temperamento y los gustos de Watteau no tenían mucho de flamenco. Era un hombre tímido, sin la gozosa exuberancia de Flandes y sin la muy vital pasión flamenca de apurar hasta la saciedad los placeres tumultuariamente inocentes. Ni le gustaban los grandes banquetes, ni corría detrás de las mujeres, limitación vital en la que influía una débil salud que le hizo morir a sus 37 años, a la misma edad que los españoles Rosales, Fortuny y Nonell, siglo y pico más tarde. El sexo que le atraía era más el de sus sueños que el de su escasa experiencia personal. Se imaginaba además el amor como algo lleno de encantamiento, altamente refinado y lírico en las mansiones señoriales, lo que distaba bastante de parecerse a la grosera realidad del libertinaje que imperaba en el círculo de Felipe de Orléans, cuyos primeros seis años de regencia coincidieron con los seis últimos de la vida de Watteau. La nobleza francesa y el entorno burgués que la imitaba no era menos libertina que el regente, pero no se le puede discutir su refinado buen gusto (expresión muy del siglo XVIII), ni que, en medio de la frivolidad, no dejase de intentar enterarse —aunque tan sólo fuese en la superficie— de las últimas novedades científicas, que leía a menudo en manuales de divulgación. A ello se unía que su gusto por el arte, más sensible y, a poder ser, insinuante, era sincero y que fue tan sólo unos años después de la muerte del pintor cuando se buscaron platos más fuertes, pero nunca enteramente groseros. Esta ambivalencia de una clase que, a diferencia del

regente, valoraba, sin renunciar a su sensualidad, los «placeres» de la cultura y del arte, hizo que Watteau, aunque no llegase a enriquecerse, disfrutase de un público que podía apreciar con conocimiento de causa la originalidad, distinción y calidad de su pintura, situación ventajosa que, debido a algunas de las limitaciones de su carácter, no fue capaz de aprovechar de una manera satisfactoria.

Nacido en una familia modesta, era Watteau el cuarto y último de los hijos de un carpintero. Desde su infancia había demostrado unos enormes dotes de dibujante, lo que hizo que sus padres lo animasen a hacerse pintor y lo pusiesen a los once años de aprendiz con el único de relativo renombre que había en Valenciennes y que se llamaba Gerin. Esta decisión de los padres de Watteau no debe causar asombro. Antes y después, muchos padres se opusieron a que sus hijos fuesen pintores porque ese oficio los exponía a morir de hambre si carecían de genio. La situación de finales del siglo XVII era en Francia muy diferente. La pintura estaba de moda y la demanda superaba a la oferta. Los burgueses y los nobles enriquecían sus casas con toda clase de adornos y pinturas y las decoraban con relativa profusión. El pintor que no vendiese sus cuadros podía decorar mansiones nobiliarias o de la alta burguesía y realizar grabados, cuya difusión rentable estaba prácticamente asegurada. No fue, por tanto, una elección con riesgo la de los padres. Watteau podría prestarle mucha más ayuda a la familia siendo pintor que carpintero, como su padre.

A los 17 años se dio cuenta Watteau de que poco más que los rudimentos que le había enseñado Gerin podía aprender en Valenciennes y se marchó a París, con la esperanza de abrirse rápidamente camino. Comenzó fabricando para un chamarilero del Pont Notre-Dame imágenes de santos, en especial de San Nicolás, que era el que tenía más demanda. Poco después conoció al grabador y galerista Mariette, quien le presentó al pintor Claude Gillot, autor de decorados para la Opera de París. El negocio era rentable y Gillot no sólo tomó a Watteau como ayudante sino que se lo llevó a vivir con él a su casa. Estuvo allí tres o cuatro años, hasta que Gillot se sintió celoso de que Watteau fuese ya más admirado que él como pintor y como decorador y acabaron separándose. A pesar de esos celos, los cuadros que hizo Watteau en casa de su patrón no sólo eran indignos, en parte, de su talento y de su sensibilidad, sino que en algunos de ellos había un humor directo que era del gusto de la pequeña burguesía que los compraba, pero nada representativo de la refinada sensibilidad de su autor.

Los celos de Gillot salvaron al joven pintor de la inautenticidad. Tan pronto como lo dejó conoció a Claude Odran, decorador del palacio de Luxemburgo y colaboró con él en varias decoraciones para edificios cortesianos. Pudo además visitar las colecciones reales y conocer los lienzos de Rubens, que lo deslumbró, pero a quien no imitó, a pesar de que le señalaba su camino ideal. Comprendió entonces que tenía que seguir estudiando y se inscribió como alumno en la nueva academia, más avanzada, que estaba a punto de desbancar a la antigua de San Lucas, muy tradicionalista, pero dotada igualmente de un profesorado eficiente. Optó al premio de Roma y no lo ganó. El segundo lugar no le consoló porque le cerraba el camino para el viaje de estudios a Italia. No fue la única vez que fracasó en este empeño, pero tuvo una gran compensación en su segundo fracaso, cuando contaba 28 años tan sólo

Había seguido una de las campañas de Luix XIV en Flandes y pintado a los soldados en sus quehaceres diarios —rapiñas, descansos, etcétera—, sin idealizarlos, pero con una precisa notación que era la vida misma. En uno de ellos un soldado le hace cosquillas a una moza que se esconde tras un matorral y simula defenderse, muy complacida de verse en el compromiso de hacerlo. Es un anticipo de la pintura galante que reinventaría poco después. Esta segunda vez que le denegaron el premio de Roma, al que había que concursar con pintura de historia a la antigua usanza, fue en 1712. Había presentado dos de sus cuadros sobre los soldados en guerra. No eran grandilocuentes y no reunían las condiciones. Watteau los colocó un poco extraoficialmente en una de las salas. Los académicos los vieron y le concedieron por unanimidad algo más importante que el premio de Roma. Lo eligieron miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes. Faltaba un requisito, no obstante. El nuevo académico estaba obligado a pintar antes de un año su cuadro de ingreso. Watteau tardó tantos años en decidirse a pintarlo que estuvo a punto de perder el honor que tan inesperadamente había conseguido. Este rasgo y los tres autorretratos que pintó un par de años después de su conversión en «inmortal», nos sirven tal vez para conocer algunas de las virtudes o limitaciones de su carácter.

Los tres autorretratos son de tres cuartos de perfil y constituyen tres excelentes piezas pictóricas, pero el hombre que aparece en ellos no tiene nada de agraciado. Eso prueba que ese hombre más bien feo no era presuntuoso y que, como comentaron los Gall, amaba ante todo la verdad. Los ojos llaman la atención desde el punto de vista psicológico: son de una timidez casi enfermiza y producen la impresión de que Watteau le tenía miedo a la vida y al trato con los demás hombres. La mirada es indefinible. Parece que quiere decir algo y que no sabe encontrar las palabras. Se le nota además un encogimiento, extraño en un hombre que ha conseguido ya la consagración oficial, aunque no todavía el bienestar económico. Hay además un envaramiento extraño en los tres, falta de soltura que contrasta drásticamente con la gracilidad alada de sus fiestas galantes y de todas las restantes figuras que pueblan sus lienzos de plenitud. Este hombre tímido y solitario pinta apasionadamente y rehace los cuadros que no lo contentan, pero no halla tiempo para realizar el lienzo que la Real Academia de Pintura exige para la toma de posesión. ¿Es que despreciaba Watteau el honor que tan fácilmente había obtenido? Nada autoriza a pensarlo, ya que demostró taxativamente su contento por haberlo recibido. ¿Será, entonces, que le aburría pintar un lienzo que debería tener un empaque muy diferente de la fluidez espontánea de su mejor pintura? Esto último es más posible, pero tampoco parece la verdadera razón. Esta debe radicar en que, consciente o inconscientemente, Watteau se sentía obligado por su superego a ofrecer en su obra su propia verdad, la de sus ensoñaciones y su transfiguración del mundo y no aquello que no se avenía con su carácter. Puso así continuamente en peligro sus honores oficiales y su economía. La elección para la Real Academia le valió abundantes encargos, pero existen sobradas pruebas de que jamás supo pedir por un cuadro el precio al que tenía derecho y de que hablar de dinero le producía una tal confusión que prefería que le pagasen una miseria antes de pasar la vergüenza de discutir sus honorarios.

A estas limitaciones hay que añadir algunas otras en las que Watteau, tan diferente